



Andrés Neuman

Umbilical



Lectulandia

Un hombre aguarda el nacimiento de su hijo. Asiste fascinado a la gestación junto a la madre, imagina a ese ser que vendrá a revolucionar su casa, su lenguaje, su pareja y su propia historia familiar. A lo largo de un año memorable, el hombre narra los primeros compases de una existencia nueva: la suya como padre junto a la madre y el hijo, tres personajes de una historia universal que encuentra palabras recién nacidas. Umbilical es un relato lírico cuyas búsquedas resuenan tanto en el plano íntimo como en el colectivo. Sus reflexiones sobre la experiencia de la paternidad sitúan a la masculinidad frente al milagro de la vida y su incesante relectura del presente, en una época de redefinición de los roles, aceptando así la invitación de la poeta Anne Waldman que encabeza estas páginas: «Que los hombres detengan su alboroto / frente a la maravilla del bebé». Pero es también, y sobre todo, una declaración de amor. El libro más íntimo de un autor fundamental en el catálogo para lectores de todo el mundo.

Andrés Neuman

Umbilical

ePub r1.0

Titivillus 25-12-2022

Andrés Neuman, 2022

Imagen de portada: Archivio Eielson, Saronno; Centro Eielson, Firenze

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Para mi hijo Telmo,
que acaba de alumbrarme.
Para Erika, artesana de la luz.

Que los hombres detengan su alboroto frente a la maravilla del bebé.

ANNE WALDMAN

El imaginado

1

No me atrevo a invocarte antes de tiempo, por si desapareces. ¿O la superstición trabaja en el sentido inverso, y nombrarte te confirma?

Pendes de un hilo pero no eres frágil, porque aún desconoces tu fragilidad: eres más bien la nuestra.

Voy naciendo al decirte.

2

Parece un hipocampo, un astronauta o un híbrido imposible entre ambos seres. Flota sin sospechar que espiamos su yoga primigenio.

Ahora ella tiene dos corazones. Uno suyo y rebelde; este mínimo y nuestro.

A falta de otro nombre, lo llamaremos hijo.

3

En los trazos rupestres de las ecografías, vamos buscando signos del futuro.

—Me parece que eso es una mano.

—Se le enciende el cerebro.

En el origen fueron los genes a la espera de su ritmo, su letra, y de revoluciones que no sabremos leer.

4

Al ocultar su sexo en la pantalla, improvisa un pudor que aún desconoce. Emborronando el centro, rehúye, juguetón, las etiquetas.

—¿Quieren saberlo?

—No.

—Sí.

—No sabemos.

Ojalá seas una mujer, un hombre, ambas, ninguno. Ojalá no te importe el garabato genital, su proyecto semántico.

Y lo reescribas junto con el tiempo, y sientas su cosquilla, y la celebres.

5

La extraña potestad de elegir nombre se parece, quizás, a inaugurar idiomas por su primer vocablo. Igual de fértil y de artificial. ¿Mario? ¿Julio? ¿Marcelo? Así te articulamos.

Tú mereces llamarte como te dé la gana, cuando moje tu boca el lenguaje silábico. Pero tu madre y yo te impondremos un nombre: es una libertad y un acto de violencia.

Al principio serás quien te digamos, y sabrás refutarnos en cada balbuceo.

6

Se mueve en el espacio y lo crea moviéndose. Es un poco electrón y otro poquito nadador pionero. ¿Tendrá alguna experiencia de los límites mientras van estirándose? ¿Sentirá que flota por sí mismo o que la realidad oscila?

Martilla las paredes su granito de arroz.

7

—Más que su creadora, me siento su anfitriona —me confiesa tu madre.

Ahora nos pienso en círculos concéntricos: te desplazas en una realidad que está dentro de nuestra realidad que está dentro de curvas incesantes. En este hogar donde se mece el vientre de tu madre, ¿qué sería yo entonces? ¿Dentro de quién estoy?

Ya no camino igual por esta casa. Sus rincones me acogen por anticipación, me hacen plegarme en busca del calor que estás trayendo.

8

Y lloro en la cocina pensando en que serás tan bienvenido. No por falta de dudas (que las tuve) ni temores (que los tengo), sino porque has remado por encima de ellos hasta esta cocina con olor a verduras y leche fermentada.

Pasé mi primer año de vida vomitando fluidos, realidad, puro país. Eso decían. ¿Cómo pude crecer entre omisiones? No recuerdo si a mí me bienvinieron.

9

No me salió llorar cuando nací. Solo miraba mucho, según cuentan. Y mirar era tóxico. Había dictadura en el oxígeno, exilios y tortura en nuestra casa. Pero —sobre todo— teníamos silencio. Un silencio en pañales.

Y me tocó una escuela de viriles bobadas donde el llanto era elíptico, un puro sobreactuar de lo contrario. Y me tocó salvar este pellejo vagamente judío huyendo de lo que necesitaba.

Una vez me nacieron. No sabía.

Tenía tanto miedo de que vinieras, hijo, a reencontrarme. Espero que me enseñes a llorar lo no llorado.

10

Por supuesto, no es que te convoquemos en tiempos agradables. Hay pandemia y encierro y terremotos que cuestionan la base del relato. Esta, la de tu madre, es una tierra sísmica. Eso influirá en tus pasos.

En tu cápsula, mientras, me pregunto qué habrá. ¿Minúsculos tornados, tormentas placentarias, vendavales de hierro y vitaminas? ¿Subirán las mareas de las aguas amnióticas?

Llegas contracorriente. Naces sobreviviendo.

11

Tu madre te percibe como una distensión o un gas afortunado. Eso me cuenta. La humilde precisión de sus molestias me revela de ti más que las obstetricias que me afano en estudiar. Por tus síntomas, hijo, te conozco en el cuerpo de amor.

—Acaba de pincharme.

No sé lo que es sentirte más allá del relato: como buen personaje, fabricas realidad mientras ocupas tiempo. ¿Qué hora será en tu mundo? En el mío era tarde, pero el alba se acerca dando pequeños pasos.

12

Mi voz, al fecundar, te dejó un eco. Canto pegado al vientre. ¿Estás? ¿Estoy? ¿Estamos?

Te canto todo el día, no porque sepa que me oyes; más bien para que, poco a poco, los oídos existan. Tu madre es directora y a la vez instrumento de esta música que impregna los hojaldres de la piel, adentrándose en sus ondas acuáticas. Como verás, es toda una virtuosa.

—No, no, no. La cabeza está aquí.

Transmito melodías sin saber si te llegan, si me capta tu central uterina. Quizá cantes también y no te oigamos. Una nota en el agua, un pez de pentagrama.

13

Preñada de preguntas, la conciencia amanece.

¿Escuchas la canción del presente futuro? ¿Cómo suena la lengua, su belleza arbitraria desde ahí? ¿Hay algo umbilical en las cuerdas vocales que pronuncian tu nombre? ¿Hace de diapasón esa placenta? ¿Se te afinan los genes si resuenan? ¿Reconocer las voces es amar?

14

No puedes todavía abrir los párpados, vas a tardar la vida en estrenar tus ojos.

No los puedes abrir pero tienes riñones, un hígado, un cerebro, un muestrario minúsculo de uñas. En eso que llamamos existencia, lo traslúcido sabe ser obstáculo.

No puedes todavía abrir los párpados y ya nos haces ver.

15

—Está tenso.

—Está atento.

Noto que eres mi hijo en esa intensidad con que te mueves en la idea de madre. La música te afecta, tienes don de trasnoche y el pudor te detiene a la luz inventada del ecógrafo.

Serás quién sabe quién. No veo bien tu cara, pero te me pareces.

16

La piel del vientre amado es un cristal que tiembla entre mis dedos y los tuyos. Dejo un mensaje efímero antes de que imagines la escritura.

—Lee. Dime.

Acercas una mano, cercano e improbable como un forastero. Qué extraño este saludo.

Encantado, hijo mío, de empezar a la vez a ser lo que seremos.

17

Te llamo y golpeas, golpeas y te llamo. Un tam-tam luminoso. Un diálogo de acentos.

Estos bultos sorpresa, estas intermitencias en la veloz barriga de tu madre, son el primer compás del ritmo que buscamos.

18

Ojalá se pudiese acariciar el pie que ronda la frontera, que camina por dentro. Quiero tocar tu paso y no me sale: somos casi vecinos.

Ahí estás, aquí estoy, a un abismo de solo unos centímetros. La forma de estar juntos de los hombres.

19

No son pocos tus lujos prenatales.

Agitas el reposo de tu anfitriona, te duermes si trabaja.

Tus manos han creado un lenguaje de signos para hablar en plena oscuridad.

Te entran hipos del atolondramiento, parlanchín sin discurso.

E incluso te permites bostezar: ya la vida te aburre, porque vives.

Tus ojos replegados ya reciben matices de la luz, como una hoja pegada a la ventana. Me asomo a la que brilla enfrente de mi mesa. Intento descifrar algún mensaje.

Este instante enmarcado, este rayo parcial, un sol precario que tantea despacio la pared.

21

Cuando abres los ojos, ves la oscuridad. El don de las pestañas es tu último logro. Ahora el parpadeo ordena el espejismo de la vista.

Pero tu mundo es mundo, aunque seas el único habitante. Este otro también, al fin y al cabo, tiene problemas con la perspectiva. Somos una mirona multitud que suele abrir los ojos, ya verás, solo cuando conviene.

22

Cuando pasea tiene la sensación de estar guiándote, mostrándote el lugar, reconociéndolo en tu nombre. Ahora piensa en acorde. Habla sola contigo.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días.

Cada mañana, al recobrar su agilidad, sospecha que ha menguado su barriga. Que la maternidad se escribe a lo largo del día y se emborrona con el sueño.

23

Cuando ella estornuda, la matría se estremece y él vive en su epicentro. Me pregunto si le parecerá un fenómeno externo o sentirá que es suyo.

—Salud —les digo.

No sé cuál de los dos me ha contestado.

24

Dormimos de perfil, con su vientre en el hueco de mi espalda, para que permanezcas entre nuestros cuerpos.

Te abrigamos un poco entre paréntesis, bocadito de tiempo, y siento tu alboroto recorriendo este cordón de vértebras que pronto te alzaré. Así se me acumula el futuro en la espalda.

25

Tu madre está dormida. Ciclista nocturno, tú mantienes en marcha la máquina del sueño y tus pies pedalean su inconsciente.

Mientras doblas la curva de las horas, poso una mano en tus revoluciones e inventamos un modo de dormirnos riendo. Hace falta descaro para no haber nacido y dirigir la noche.

26

Cuando hacemos lo mismo que te hizo, cuando estamos a solas en tu leve compañía, cuando nos apretamos uno contra la otra y nos hacemos síntesis, cuando entro en tu madre y de algún modo, hijo, también ingreso en ti, vueltos ambos origen, compañeros del porno inaugural, siento un superponerse de destinos, de manos sobre manos sobre manos.

—Son calcetines para cuando llegue.

—Son para cuando llegue. Calcetines.

Regalar calcetines de unos pies que no están, esa extraña costumbre de la tribu. Volver por donde alguna vez vinimos, calzar nuestras elipsis.

Alguien muy ancestral debió de pasar frío antes de nacer. Los pasos de mañana se me acercan.

Ha llegado la ropa antes que el cuerpo, este alboroto de mangas minúsculas. ¿Qué clase de fantasma se viste de antemano?

Te echo de menos sin siquiera conocerte. Aún no puedo abrazarte, y por eso te abrigo.

29

Acomodo tu ropa: mido tu forma ausente. No estás conmigo ni estás dentro de mí pero, al palpar la tela que te omite, me reconozco.

Soy este que te aguarda sin gestarte, un hombre que se extraña de haber nacido hombre, que viste tu contorno y dobla con cuidado, una por una, sus limitaciones.

30

Te invocamos dudando si vendrías, y de pronto te sentiste aludido.

Con algo de invitado permanente, de huésped que se hace de rogar, ahí estás, imponiendo tu todavía no.

Y tu cuna vacía que colma todo el cuarto.

31

—¿Y cuándo llega al mundo? —nos preguntan.

—Ya está en el mundo —insisto.

Me gusta que no vengas aunque estés, que me rodees con tu reloj carnal.
No es lo mismo esperar que imaginarte, un fin que el horizonte.

Tú ya habitas el medio, lo trastocas. Estar vivo es paréntesis. Barriga.
Hambre de tiempo.

Se te aprende a querer mientras no vienes; he ahí la otra gestación.

Eres una inminencia que captura la casa, el orden de las cosas que pronto mudarán y, sigilosamente, se despiden de sus funciones previas.

Así mismo transitas el ámbito materno, anunciando, invisible, la violencia sagrada de toda perspectiva.

Te diría que la hacés sentir vieja, y te hipnotizaría entonando tu nombre. Habrías conversado con su voz rasposa desde tus primeros balbuceos.

Más que pasear con ella, te habría convertido en visitante de cafés y auditorios, peregrino sentado. La habrías descubierto humeando por la boca, con más vino que noche, maltratando sus órganos y hablándote del alma.

Habrías conocido sus callos solfeadores, la marca del vampiro musical a la izquierda del cuello. Te hubiera regalado uno de sus violines.

Como no tengo madre, vos no tenés abuela. Me estás dejando huérfano de nuevo, hijo, por puro amor.

34

Carpe ventrem. Aprovecha tu exacta residencia, estar en alguien es raro privilegio. Aprovecha el espacio y la falta de espacio, esas coreografías. Aprovecha el festín del cielo digestivo antes de que la boca te trabaje. Paladea esta vida anterior a tu vida y, si acaso tuvieras la ocasión en tu reino de urea, proteínas y ritmo, ten presente esta mano que te busca. *Carpe ventrem.*

Ropa para el ausente, enseres minuciosos, equipaje litúrgico y al taxi del azar. Todo está tan planeado que sospecho que no va a pasar nada: las cosas esenciales irrumpen sin aviso, porque tienen raíces vulnerables.

Llegamos, nos atienden, ensayamos un rato la verdad y volvemos perplejamente idénticos.

¿Qué intuyes que te aguarda en la frontera? ¿Cuánto sabes del mundo, que no sales?

36

La luz en la persiana del hospital temido. La química en las venas. Y, desde el monitor indiferente, un rumor de caballos. Su galope es más veloz que el tiempo que persiguen.

Tu madre finge el sueño, lo imita para ver si el sueño acepta. Tiene un aire de Maja medicada, con los pies muy hinchados y un camisón de reina de otro reino.

Yo te observo sin verte, con un jersey azul y mi antifaz de avión, descalzo de certezas, ensayando sentirte.

—¿Es como te contaron?

—Es peor.

Como una partitura, puedo leer su dolor en el tocógrafo. Sus contracciones buscan la cadencia precisa, la dañan dando ritmo a nuestro hijo.

Con el bajo continuo de la vida en la muerte y viceversa, avanza el contrapunto del corazón y el útero, la fuga que persigue un encuentro mayor. La cantata natal. La primera palabra. Este silencio.

Cuando nació tu madre, la ciudad entró en trance de seísmos. No hubo otros tan fuertes hasta hoy, cuando es el turno de tu cabecita.

Tu cabeza acercándose a esta orilla que tiembla, los temblores del cuerpo que te está despidiendo y recibiendo, este cuerpo terrestre que se abre, las grietas de la luz, la sangre que descose los límites del suelo.

Como res con presuntas libertades, se encarnizan con ella en nombre de una causa que se parece mucho al poder de no dar explicaciones.

—Agarra ahí.

—¡Empuja!

—Fuerte, fuerte.

—Ponle más.

Dejo que le hagan mal por un bien que no veo. Colaboro con este ritual de indefensión, zarandeos y furia intravenosa. Apenas consentido, todo tiene la cualidad implícita del suero.

No me sublevo y soy la humillación del cómplice, el cuerpo que se calla.

Y fue a la fuerza, hijo, no fueron las promesas naturales. Te empujaron la ciencia, los terrores y algún manual patriarca: la civilización.

Traías anudada la bufanda del tiempo, los residuos de la extraña ocurrencia de existir.

Con un riñón y medio de esperanza, gritaste que el lenguaje es cosa de ir naciendo como puedas.

El aparecido

41

Nos conocimos sin presentaciones en una madrugada de anestesia. No sé qué te canté, pero escuchabas.

Te traían desnudo y así me desnudaste.

Te sostengo una mano mientras duermes. Solo una, apenas, para que con la otra caves en tu inconsciente.

Sopeso esta muñeca de escala inverosímil, horneada al microscopio. Espero a que el pulmón te alce en volandas, como si te acunara la matriz del aire. Me da miedo soplarte y que desaparezcas.

43

Por orden sanitaria, esa puerta es la aduana de un futuro extranjero. No podemos movernos ni recibir visitas. No podemos salir de nuestro propio parto.

La habitación nos comprime entre reglas que en apariencia nadie ha decidido. El personal gotea, puntual y enmascarado. La comida se enfría como el sueño.

Somos tres cuerpos que intentan gestar lazos acercándose, torpes, para ver si se adhieren.

¿Cómo puedes tener todo en su sitio, tan recién hecho pero terminado?
¿Dónde estaba el boceto de tus exactitudes? ¿Qué artesanía mínima te hizo?

Me dedico a cortarte esas uñas infinitesimales que no comprendo cómo se formaron, las limo con paciencia inmaterial, las reduzco por briznas, parpadeos.

Tan capaces de asirse a lo que aman como de hacernos daño o lesionarte.
Listas para la vida.

Releo nuestra casa porque no la conozco: va mutando a la luz de tus apariciones. En los rincones juegan los ecos de mañana. Después de media vida sin correr, los muebles aceleran.

Me busco por los cuartos y ya no estoy aquí, ya no soy ese.

No podemos dormir, alucinamos la rutina. Es una ontología centinela. Esta amalgama de babas, horas, leche, caricias, dudas, rabia.

—Ay.

—Ya.

—Dame.

—No.

—Ese.

Nos damos instrucciones sin sintaxis, comemos con un brazo, vemos doble o a medias, nos arde la cabeza por adentro. Peregrinamos para ver si hay camino.

Y, en medio del desierto, las dunas del sentido insinúan sus formas.

Estás pidiendo brazos transparentes, capaces de llevarte adonde no haya objetos, distracciones ni estímulos. No sabes derrotar tu propia vigilancia, mi pequeño guerrero de la atención.

Allá lejos te aguardan las esfinges de tu otro hemisferio, que te definirá mucho más que tu madre o tu padre.

Nunca temas al sueño: ahí tendrás tu casa, la primera y la última.

—Ya no está.

—Se le fue.

—Ahora su ombligo es suyo.

Esa ramita adjunta que acaba de caerse, con su aire de tubérculo, te mantenía unido a una memoria que no vas a tener. Es tuya pero no te pertenece. ¿Cuánto nos queda de cada experiencia que se va desprendiendo?

Mientras la noche aprieta la ventana, empieza la tarea interminable de averiguar quién sos. No creas que mi ombligo, peludo y memorioso, ha llegado tan lejos.

49

Gorila del amor, te agarras de los pelos que cuelgan de mi pecho estéril, en el que todavía te empecinas como si del error brotasen los milagros. Los zarandeas fuerte, los arrancas igual que malas hierbas.

En la jungla de afectos de la que eres el rey, quien no puede nutrirte, reforesta.

Cuando tomas el pecho resplandeces, te llenas de una luz medio prestada por fuerzas que te incluyen. Tu piel se va puliendo bajo la oscuridad y, estrella láctea, te haces mancha en el cielo.

—Creo que está más grande que hace quince minutos.

Dan ganas de beberse tus contornos y comer de tu sombra derramada. Quiero que me alimentes mientras creces.

51

Los pechos se le van desmigajando, se infectan, se deshacen hasta ser parte de tu pensamiento. Hay dolor en nutrirte, un trance insomne y cierta pesadilla especular.

—No me gustan mis pechos, pero sí lo que dan.

Y, en el tránsito de esa paradoja, la carne de su carne se va haciendo pronombre, persona aparte.

Tu alma entera es cuerpo: un monje de los órganos. Catedralicio, lloras con eco. Todo lo que te duele o te desvela proviene de un lugar desconocido al que ahora dirijo mis plegarias. Tus urgencias adquieren la altura del misterio.

Si pudiera saber qué te hace daño, sería más que un padre.

Frente a determinados llantos que ascienden hasta el techo, solo cabe la danza delirante. Busco el campo visual de tu berrinche y sacudo de golpe mis extremidades, suplicando el tesoro de una nueva atención.

—Mira. Aquí. Por favor.

Afortunadamente, mi desesperación te causa un efecto hilarante. Te divierte que baile para ti, aunque no sé bailar. ¿Será la maravilla de lo bípedo? ¿O acaso te consuela mi torpeza?

Tu papá mercader vende su espalda por céntimos de risa. Reclamo mi salario de reconocimiento a tus encías preverbales, para dignificar un poco este cansancio absurdo. Mi fuerza de trabajo depende de tus medios de producción de gozo. Lamento confirmarte que el amor negocia.

Cada vez que te ríes, se quiebran los cristales que transporto en secreto. El mecanismo es simple. Me miras y te ríes y se rompen.

De pronto mi contento necesita del tuyo como la hiedra pide complicidad al tronco. Hiedras, cristales. Sombra, claridad. Un crecimiento frágil.

Me río porque ríes: has parido el humor de un casi viejo. En tu respiración tiembla la mía.

Desconfías del medio en que viviste antes de que nacieras. Tus piecitos empiezan resistiéndose al agua, como ranas del haiku equivocado. Ni un breve chapoteo ni un amago de fiesta. Lo tuyo es protestar en tu elemento, flotación defensiva.

Tus visitas al líquido tienen algo de círculo, como esta bañera de plástico chillón: su promesa inestable, su don resbaladizo te dan miedo, hasta que vas logrando algún tipo de acuerdo sensorial y el placer se confirma.

Pero entonces ya es hora de secarte.

Te tomo tantas fotos no para que recuerdes, hijo: para que me recuerdes. Ese es el foco oculto. El reverso del álbum.

Sonríe, no te muevas, estos éramos.

Ahora el baño te gusta, te bautiza. Cuando sales del agua te envuelvo en una toalla tan blanca como la primera de este mundo, te aprieto contra el pecho y tú cierras los ojos. No sé si regresamos al minuto sagrado de tu nacimiento o si retrocedemos juntos hasta el mío, antes de existir.

En ese exacto trance de comunión, deseo que el instante no transcurra, que tú no crezcas rápido, que yo nunca envejezca, que el final solo sea un recurso narrativo, y ya no pueda conocer otro amor, otro que este.

Después tu espalda casi transparente se posa en el colchón, las risas y los llantos se renuevan, y nuestra vida finge continuar.

Astrónomo interior, observas las alturas de la casa. Tu misión está siempre un poco más arriba de mi hombro. La frente exploradora, la boca más abierta que la luz, las ideas formándose en la constelación del iris.

Mirándote mirar aprendo del espacio y de sus proporciones relativas. No prestas atención, te la fabricas. Una fascinación en busca de su objeto.

Esta manera desacomplejada de mear y cagar tiene su arte: ha sido necesario que transcurra una generación tras otra de teóricos reprimiendo las ganas, romper el arco que mantiene tensa la línea entre el instinto y el prejuicio, darle la vuelta entera a la filosofía, para que tú me colmes las dos manos con tu alegato del aquí, ahora.

—¿Otra vez?

Tu esfínter es un himno, está siempre cantando lo que expulsa, te da risa de gozo, de hacer lo que se puede hacer.

Soy este aprensivo que intenta celebrar cada chorrillo libertario. Estoy por dar el paso entre esquivarte y exponerme, entre la protección y la intemperie. Y este pequeño asco ahora es devoción.

Nuestro hogar está lleno de excrementos envueltos como ofrendas. Los aísla y sopeso con minucia, asistiendo a su alquimia. Este oro oloroso, que transforma el entorno que te cuida, ha ensuciado mi amor y lo ha salvado.

Si mi ropa no es nueva o está recién lavada, no estás interesado en vomitar sobre ella con tu mejor sonrisa. Es como la botella en los barcos que zarpan. (¿Seguirán existiendo esos rituales? Me obligas a dudar de mis imaginarios).

Esta baba con sus grumos de madre, y que es ácida y santa, le da calor al hombro que te arrulla.

—Ba.

—Da.

—Ta-tá.

—Ta-té.

Jugamos a cruzarnos sonidos que no tienen ningún sentido previo, solo vocales con hambre semántica. Abres la boca como para decir lo que no dices. Acercamos los labios. Gritamos una *a* que es casi *e*. Y somos dos enamorados con todo su lenguaje por delante.

—Aé.

—¿Seguro?

—Aé.

Nos lanzamos con poca puntería esta pelota de colores. Rueda y hace ruiditos. Viene y va de tus manos a las mías, se nos pierde en un rincón. Entonces me levanto y lo volvemos a intentar, hasta la próxima torpeza.

Más o menos así será comunicarte con el prójimo. Digamos que nos vamos entrenando.

Mezcla de piedra y pluma, tu cabeza cabe entera en la palma de mi mano.
Pero me quedan lejos sus elucubraciones preverbales.

¿Cuánto sabes de ti, qué supones de mí? Intérpretes directos, tus sentidos
comprenden, por más que los pronombres no sean cosa tuya.

Tocarte es preguntarme adónde va la huella.

Bajo una luz de hueso, en blanco y negro plano, vas nadando la noche. La pantalla te enmarca como una ficción.

Me he vuelto adicto a contemplarte así, en tu versión más lenta: de vez en cuando un giro, un dedo entre los labios, un suspiro casual, algún que otro puchero.

Es una ecografía postnatal. Este ahora lo estás soñando ayer.

En la cocina a oscuras, de pie frente a la imagen, espío los vaivenes de tu cuerpo.

El pechito de agua, los brazos de molino, la cabeza de árbol que se ilumina solo, las piernas cabalgando sin caballo. Tan pequeño que aún no te caben los dedos en los pies.

Así, objetivado, a una distancia icónica, eres aún más mi hijo.

¿Qué será ese artilugio inmanejable? ¿Qué hace ahí ese ramo de apéndices prensiles que te recuerda a no sabemos qué? ¿Quién ha puesto en tus manos esas manos tan tuyas, tan ajenas?

Mirándote, parece que me entiendo. Los hallazgos estaban a la vista. Los mayores misterios, disponibles.

—¿Y ese bebé quién es?

—¿Quién es ese, bebé?

Respondes con la boca y sin palabras: a ese intruso tan ágil como tú te lo quieres tragar. Tu imagen se diluye bajo el vaho.

No tengas mucha prisa en absorberla. Cuando la reconozcas, será más inquietante todavía.

Te recorre la boca un acontecimiento que irás haciendo más o menos tuyo, algo que se desliza entre la travesura y el tic nervioso. Como cualquier trabajo, sonreír cansa.

—Aé.

Tienes razón: no es fácil divertirse sin ayuda.

Estás desarrollando una nariz moral. Noto que en tu estornudo vibra una respuesta, incluso una repulsa. Los mocos, tus pequeñas barricadas. Algo hay en el aire que no es asunto tuyo.

En esta vida perra, mi bebé, haces muy bien poniendo condiciones para respirar.

Nos pasamos el día en los brazos del otro, durmiéndonos en mutua dependencia. Tú finges que te cuido y nos hacemos cada vez más infancia, dos tiempos que se acercan lentamente.

Allá voy, hijo mío, aquí te espero.

Nos tumbamos a lamernos los dedos, los hombros y las horas. Jugamos a probarnos y pasamos a una especie chupóptera. Intercambiamos babas ancestrales. Hablamos una lengua que succiona.

Tu piel sabe a limón sin estrenar y a subtexto de leche, una dulzura anterior a la escuela de la boca.

Me pregunto a qué saben mis pelos, mis arrugas, la memoria discreta de la herida.

Succionas lo real. Ese objeto está ahí porque tiene entidad al paladearlo, tu boca lo registra. Mi mano solo es mano si tus encías catan su contorno, existo en la medida en que me pruebas. Conciencia comestible. Gran idea la tuya.

Tras estudiarlo con atención *gourmet*, eliges tu pie izquierdo como primer bocado. ¿Te sabe más a sal, a paso que daremos?

Te muerdes el talón y luego el puño: un ciclo entero en tus extremidades. Eres todo principio y mi luz del final.

No cabe tu avidez en esos labios. Quiero besar tu boca metafísica, comerme lo que comas, tragarme tu apetito.

Me has contagiado tu ansiedad caníbal y, siéndote sincero, me tienta devorarte. Es una tradición, no te preocupes.

Rodamos por el suelo jugando con las cosas que juegan con nosotros, rodamos en la alfombra y en el tiempo. Gritamos sin las reglas que muy pronto actuarán de perímetro. Algo se perderá en esos avances; los anhelo y me asustan.

No quiero tener prisa, me guía tu presente, pasajero hedonista de la tarde, mi pequeño anarquista sin teoría. El deseo es la ley del recomienzo.

Rodamos los dos juntos y no recordarás este momento, cuando nada sabías de tan sabio.

Te admiro por intrépido, vanguardista en pañales. Te entregas a la rabia de la noche, al escenario de la calle o a la fiesta improvisada sin todas estas dudas que a mí me paralizan.

Radical sin querer, lo tuyo es la *performance* de estar vivo. Tan pancho en tu episteme, que empieza por el cuerpo.

Desde que te barruntas las leyes de la causa y el efecto, tus entretenimientos han cambiado: ahora te diviertes esperando el motivo, celebras de antemano lo que quieres que pase.

—Ji.

Una risa, y bromeamos.

—¿Ah?

Un grito de respuesta si estás solo, y entonces acudimos.

—Oh.

Un gesto de sorpresa para que empiece el juego.

Cuando pierdas los dones del pañal, tendrás que recurrir a la ficción para lograr hazañas semejantes.

—¿Le cuento el de los peces?

—Mejor el de los árboles. Está más rico.

Hueles, palpas y muerdes los libros que te llueven en las manos. Vas de un color a otro, como frutas colgando de las ramas de la sinestesia.

¿Quién va a querer pasar los ojos por la página cuando puede comerse un cuento entero?

En el libro que comes hay un cangrejo tímido y una tortuga hueca y un pingüino que viaja en la barriga de su padre, con una cuerda roja que permite sacarlo a la intemperie. Te obsesiona tirar del pingüino menor, quieres ver, incesante, ese resumen del alumbramiento y la separación.

Umbilical, la cuerda brilla entre tus dedos imprecisos. Te has convertido en tu propio partero.

Te duermes con tu zorro. Solo él es el zorro que te duerme.

Si no existiera el zorro cómplice y peludo, no habría ningún zorro capaz de que soñaras con voces y con zorros.

Bestia, zorrillo suave, acaricia la cara de mi niño lloroso, susúrrale lo etéreo, no dejes que se quede medio aquí.

—¡Aé!

Desde la capital de su cuna prestada, el titán de mi hijo levanta la cabeza.

Me parece escuchar un ruidito de poleas, apenas sostenidas por la curiosidad. Boca abajo, temblando de esfuerzo y equilibrio, otea el horizonte de su cuarto, que es más grande que el mundo.

Deseas hacer antes de poder. Más que un proyecto, eres la exageración de un ser humano.

Tu natación en seco y tu aleteo en tierra te pertenecen más que cualquier movimiento del mañana, cuando creas que dominas tus miembros.

El camino que has hecho es pura épica. No te has movido ni un solo centímetro, con tu entusiasmo intacto.

—Esto recién empieza.

—¡Y todavía no te habla!

—Verás cuando camine.

No. No. Y no: me has enseñado que eres completo así, babeando y en pañales, maestro del instante. Me niego a definirte según lo que, en teoría, aún te falta. No echo de menos nada de lo que nos anuncian.

Ya quisiéramos todos los seres terminados alcanzar tu económico prodigio. Uno por uno, exprimes tus recursos hasta el fondo con una precisión que perderás cuando ganes el resto. Eres perfecto, hijo, en tus carencias.

—Se ha despertado.

—¡Hola, bebé!

—¿Y cómo se llama?

—¿Y qué edad tiene?

Esos seres sin boca tienen para decirte más de lo que parece. Quieren tomarte en brazos, aunque solo saluden desde lejos. Están llenos de manos y de puertas. No hay nada malo en ellos. No los toques.

Esa gente es la gente, ya sé que no me explico.

Mi guarida de hotel no me responde cuando toco la puerta. Nuestras primeras horas en ciudades distintas han cambiado las reglas del espacio: más lejos que este brazo es un abismo.

Mi espalda se resiente del peso que le falta, voy levantando aire por ahí. Con cada llanto ajeno o exclamación aguda me vuelvo, agazapado, hacia donde no estás.

Recorro los lugares del silencio, rincones de tarea introspectiva, y tu carita brilla en las paredes, en mis párpados, en cada cachivache.

Estoy tan a mis anchas que no estoy. Hace unas cuantas noches, a esto lo llamaba libertad.

La urgencia de volver me empuja por la espalda. Mis pasos se atolondran, el llavero protesta en los bolsillos, late el hueco en los brazos y alguien crece más rápido que el tiempo.

El minúsculo huésped de mi casa es su dueño. Pertenezco a las puertas que me abre.

Me desvela el dinero que no alcanza para que tengas todo. Nadie puede ni debe tener todo.

En tu muy transitoria beatitud, todavía careces de caprichos materiales: solo codicias la fiesta de atenderte, el lujo del ahora. Soy rico si jugamos.

Agazapado al fondo del pasillo, el dinero espera a que te duermas para quitarme el sueño.

Ya lo sé, ya lo sé, sus ruidos te reclaman, su diseño te suena, sus imágenes hablan la lengua del presente.

Te gustará seguro demasiado, será nuestro enemigo predilecto, el encuadre central de tu memoria: tus venas están hechas de esto mismo.

Lo llamamos te-lé-fo-no.

Me despierto en mitad del accidente, del atragantamiento, de esas lentas caídas por balcones y escaleras a las que llego tarde por un hilo de bruma. Soy el padre catástrofe: en vez de descansar, te pierdo cuando duermo.

—¡Aé, aé!

Hasta que me rescatas desde la realidad, que a veces nos castiga un poco menos que los sueños.

Cuando te tocan otras manos en Urgencias, y tus pliegues se vuelven un secreto escrutado, y te entregamos a una ciencia que no sabe tu nombre, y te quedas mirándonos con ese llanto a medias, insinuando un reproche comprensivo.

Entonces me enamoro desesperadamente del azar que te ha hecho quien eres, que me ha transformado en este protector desprotegido.

—Ti-ti-ti, ti-ti-ti.

Esa lluvia en el techo va a ser una constante de los cielos que cruces. El sol más bien actúa como teoría de lo que esperamos y rara vez nos llega.

Hay nobleza en la lluvia, pero no la romántica sino la del desgaste, la que peina los límites y nos propone un riego reflexivo.

—¡Tra!

Mientras rumio las gotas, acabas de morder una maraca, y en tu boca está el trueno.

Los sabores del mundo. Los que lee tu boca en su libro de agua. El que crepita en la manzana verde, el que afila los rayos del limón, el que ablanda la encía de la pera. El de la urgencia limpia del tomate, el de la papa honesta, ese sabor pintado de la calabaza. El sumiso del pollo, al que acaso algún día te rehúses.

Los sabores del mundo. Los que están por venir. Todos esos, si abro bien la atención, que sabrás descubrirme.

Sediento de la sangre del verano, se te llena el aliento de moras muy maduras. Me miras fijamente con los labios heridos por tu glotonería, las mejillas con huellas de tu crimen frutal. Suelas un alarido de euforia y acidez. Roja tu risotada. Rojo el día.

 Mi hijo es un vampiro de ida y vuelta. La energía que absorbe es la misma que irradia.

Acabas de heredar una pequeña pianola de colores que me empeño en probar contigo en mi regazo, por si te tienta el tacto de las teclas. Sin embargo, tú tienes otros planes: volcar el instrumento para verle la espalda. ¿Buscarás el reverso de las notas, el silencio que ocultan?

Ahora que lo pienso, lo mismo haces con todo lo que encuentras. Teléfonos, almohadas, posavasos. Rebanadas de pan, imanes, zapatillas.

—Es por los libros —me traduce tu madre—. Solo quiere leer la página de atrás de cada cosa.

¿Qué te hipnotiza tanto de las fuentes? ¿Es la caída, el ritmo, la frescura? ¿Es la continuidad de su promesa?

En brazos mutuamente, vamos reconociendo manantiales por nuestra ciudad líquida.

Y fluyo por tus ojos si el agua parpadea.

Celebramos tu primer arcoíris en la fuente más grande que encontramos. Sus formas van rodeando tu pupila.

¿Qué te cuento sobre esta realidad que no puede tocarse, el color de las cosas que se van?

Aférrate al contorno que nos muestran: existen más que otras.

En esta ola, hijo, hace cuarenta años, yo nadé con mi padre.

Nos hundíamos para resurgir, con la vista borrosa, de cara al horizonte.
Yo creía en sus brazos peludos con motivo. Me protegían al reflejar su miedo.

Ahora te tengo en brazos frente al mar, y el futuro nos cuida, y mis canas son nuevas.

El día que mi abuela se murió en otro continente, vos diste el primer giro sobre tu espalda. Buscaba alguna orilla para el duelo y, de golpe, cambiaste de sentido como un reloj de arena.

Después hiciste algo parecido a mirarme, y te reíste como si nunca nada nos pudiera pasar.

Reptando con esfuerzo al pie de la cortina, juegas al escondite. Tu cabeza se funde con el resplandor blanco de la tela. Te has ido con la luz. No estás. Mi vida no ha cambiado.

Emergen nuevamente tus ojitos vigilantes, tu risa explotadora. La tela late un poco, respira la corriente. Aquí estás. Has vuelto de la luz. Mi vida no será jamás la misma.

Me acerco a la cortina y paso de tu lado.

Y un monólogo mínimo

Demasiado trabajo acercarme a las cosas. ¿Por qué no vienen ellas? ¿Para qué todo ahí, tan no conmigo?

Estiro un brazo y nunca es suficiente. La quietud de las cosas que deseo me hace llorar.

Si escapan de mi boca, si caen de mis manos, entonces que no jueguen con mis ojos.

Me hablan muy convencidos. Parecen creer que entiendo lo que dicen. Y, aunque no entiendo, sí.

Esa música extraña que sale de sus bocas. Es como si la hubiera oído antes. ¿Pero antes de qué?

Quiero tener la boca. Quiero decir la música.

Todo está lleno de ojos. Todos se mueven rápido. Vienen, hablan, se van.
Me cuesta contestarles porque sus bocas tienen otras voces.

Las caras que conozco son mis caras. Los brazos donde vivo son mi
cuerpo.

Voy gateando al revés para volver a no me acuerdo dónde. Avanzo atrás.
Empujo y ya estoy menos.

—Ven —dice *mamá*.

—Aquí —dice *babá*.

Y allá voy, allá voy, más lejos cada vez.

Yo no quiero llegar a los lugares. Yo no quiero saber adónde vamos. Me marea la acción, me aburren los juguetes de verdad. Prefiero detenerme justo aquí.

Solo quiero una fuente con su fuente, mi viento por las hojas, todo esto que no sé bien qué es.

Cuando dejo los pies sobre *babá*, y me sostiene pero tampoco tanto, y noto unas cosquillas adentro de las piernas, y entonces nos miramos, me pongo más contento que contento.

Siempre dudo de qué pie va primero, los tobillos se doblan, me fallan las rodillas. No es cómodo, me gusta.

Y siento como que algo va a pasar.

Granada, agosto de 2020 - agosto de 2021



Andrés Neuman (1977) nació y pasó su infancia en Buenos Aires. Hijo de músicos argentinos exiliados, se trasladó con su familia a Granada, en cuya universidad trabajó como profesor de literatura latinoamericana. Fue finalista del Premio Herralde con su primera novela, *Bariloche*, a la que le siguieron *La vida en las ventanas*, *Una vez Argentina*, *El viajero del siglo* (Premio Alfaguara y Premio de la Crítica), *Hablar solos* y *Fractura*. Ha publicado libros de cuentos como *Alumbramiento* o *Hacerse el muerto*; el diccionario satírico *Barbarismos*; el diario de viaje por Latinoamérica *Cómo viajar sin ver*; y el tratado heterodoxo sobre el cuerpo *Anatomía sensible*. Es autor de poemarios como *El tobogán*, *Mística abajo*, *No sé por qué*, *Patio de locos* o *Vivir de oído*, antologados en el volumen *Casa fugaz* (Poesía 1998-2018). Recibió los premios Federico García Lorca, Antonio Carvajal e Hiperión de Poesía. Obtuvo el Firecracker Award for Fiction, otorgado por la comunidad de revistas, editoriales independientes y librerías de EEUU, y la Mención Especial del jurado del Independent Foreign Fiction Prize, antecesor del Man Booker International. Formó parte de la lista Bogotá-39 y fue seleccionado por la revista británica *Granta* entre los mejores nuevos narradores en español. Sus libros están traducidos a más de veinte lenguas.